

021. Consagrados

Si empezamos este mensaje con la palabra *consagrados*, en seguida nos ponemos todos alerta. Nos vamos a encontrar —lo dice la misma palabra— delante de algo sagrado, divino, en lo que Dios está metido de un modo especial: como la Hostia consagrada, el cáliz, un copón...

Y, tratándose de personas: ¿consagrados, quiénes son? ¡Ya se sabe: los curas y las monjas!...

Pues, no; resulta que los consagrados somos nosotros, laicos como yo que le hablo, como usted que me escucha.

Y nos dicen hoy que ha sido una pena, a lo largo de siglos, que se haya perdido esta noción de consagración en nosotros, los bautizados, que llevamos encima la consagración más grande que existe, después de la del pan y el vino que se convierten por las palabras sacramentales en el Cuerpo y la Sangre del Señor.

Si todos los bautizados somos unos *consagrados*, ¿por qué no pensamos un momento en esta consagración nuestra, en estos consagrados que somos nosotros?

La Biblia es la primera que nos lo dice, y con una elocuencia divina. Dios se dirige a su pueblo:

- *Tú, Israel, eres un pueblo consagrado a Yavé. Porque Yavé tu Dios te eligió como su predilecto entre las naciones* (Deuteronomio 7,6)

Israel, el pueblo consagrado, se va centrando poco a poco en el Mesías esperado, en el Cristo, que, cuando llegue, dirá:

- *El Espíritu Santo sobre mí, porque me ha consagrado con la unción* (Lucas 4,18)

Y momentos antes de ir a la cruz, dice Jesús, el Cristo ungido:

- *Por ellos me consagro a mí mismo, para que también ellos sean consagrados.*

Una vez resucitado, Jesús derrama el Espíritu Santo sobre los Apóstoles y sobre la Iglesia:

- *Recibid el Espíritu Santo* (Juan 17,19 y 20,22)

Y Pedro, el mismo día de Pentecostés, pedirá a la turba reunida:

- *Bautizaos en el nombre del Señor Jesús.*

Pablo reconoce la consagración que de nosotros ha hecho Dios:

- *¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu Santo habita en vosotros?... Porque Dios mismo nos ha ungido, nos ha impreso el sello y nos ha dado la prenda del Espíritu Santo en nuestros corazones* (1Corintios 3,16, 2Corintios 1,21)

El mismo Apóstol aplicará esta consagración a toda nuestra vida:

- *Ofreced vuestros cuerpos, vuestra persona, como sacrificio viviente, santo y agradable a Dios. Este es vuestro culto espiritual* (Romanos 12,1)

Y lo completará todo la carta a los Hebreos, que nos dirá cuando nos hable de nuestra oración con Jesucristo:

- *Ofrezcamos continuamente un sacrificio de alabanza a Dios, esto es, el fruto de nuestros labios que así confiesan su nombre* (Hebreos 13,15)

¡Una buena lección de Biblia que nos ha salido sin pretenderlo!

Una consagración preanunciada en Israel, realizada en Jesucristo, y continuada y completada en cada uno de los bautizados.

Nuestra consagración bautismal es tal,

- que nos separa del mundo malo, del demonio y del pecado;
- nos hace propiedad de Dios, que nos llena de su Espíritu, de su vida;
- y nos destina a la salvación del mundo.

¡Vaya grandeza y vaya compromisos que nos echa encima!... Compromisos grandes, pero felices. Porque es una gloria el poder llevar por doquier la imagen viviente de Jesús Crucificado.

Por el Bautismo, que es la consagración máxima del cristiano, somos todos igual de grandes en la presencia de Dios y ante la Iglesia. No hay uno entre nosotros más bautizado que otro, y, por lo mismo más grande que otro. Desde el Papa hasta el último de los cristianos, todos tenemos el mismo Bautismo y todos somos iguales.

Vendrán después otras consagraciones particulares, como la de los Sacerdotes, que quedarán consagrados como ministros para el culto y para el servicio del Pueblo de Dios. O serán como la de las Religiosas, que consagran su vida en exclusiva al Señor; o la de nosotros mismos, que nos consagramos al Sagrado Corazón de Jesús.

Estas consagraciones son una consagración añadida a la consagración bautismal, que la perfeccionan, la embellecen y la estimulan. Pero la gran consagración, la que nos hace unos santos, la que nos constituye en algo sagrado, es la consagración que recibimos en el Bautismo.

Sí; hoy, sin quererlo, nos ha salido una buena lección de Biblia, por más que nuestros mensajes no son nunca ninguna lección para nadie. Pero, lo cierto es que nos interesa tener bien clara la verdad de nuestro Bautismo. La dignidad a que nos ha levantado. El compromiso grande que nos ha echado encima y que nosotros hemos aceptado.

¡Bautizados! ¡Consagrados!...

Ante la Hostia Santa sentimos un temor reverente, porque es el Pan consagrado convertido en el Cuerpo del Señor. Un cáliz lo tocamos con mucha reverencia.

¿Sabemos cómo hay que tratar a un cristiano, que es un *consagrado*?...